



O deslumbre da noite. Fotografias noturnas da paisagem de Buenos Aires na imprensa periódica no início do século XX
El deslumbramiento de la noche. Fotografías nocturnas del paisaje de Buenos Aires en la prensa periódica a inicios del siglo XX

SIMPÓSIO E4_06 La fotografía como documento histórico en la construcción de la imagen de la ciudad ibero-americana

Catalina Fara

CIAP-CONICET / EAYP-UNSAM, Argentina
cfara@unsam.edu.ar

Resumo: As experiências noturnas originaram imaginários caracterizados pelo temível e oculto, e pela libertação das convenções sociais e morais. Essa visão negativa começou a mudar quando a eletricidade transformou a noite em dia, e a iluminação pública implicou o triunfo da sociedade sobre a escuridão. As ruas metropolitanas se transformaram em teatros e os transeuntes em espectadores da cena noturna. No início do século XX, a iluminação em Buenos Aires era celebrada como garantia de progresso; com um cosmopolitismo que se media por comparação, as imagens noturnas de Nova York e Paris se multiplicaram na imprensa local. Os cartazes luminosos reconfiguraram a paisagem, estabelecendo novas formas de visualidade por seu potencial expressivo. As luzes foram associadas ao apelo de novas formas de lazer e prazer em contraste com os subúrbios, onde as redes elétricas não eram distribuídas de maneira homogênea. A “domesticação” da noite também transformou as luzes em elementos decorativos regulados pelo governo municipal, que estabeleceu uma “iluminação ornamental” para prédios públicos e ruas centrais. Seu apelo era evidente, já que a imprensa dedicava longas matérias gráficas a elas, e muitas dessas fotos se tornaram cartões-postais. O espetáculo noturno conformou novos mapas de prazer localizados nas ruas centrais.

Propomos trabalhar com fotografias publicadas na imprensa (revistas ilustradas e jornais de grande circulação) entre 1910 e 1940, para analisar como a partir delas se consolidou uma leitura estética da paisagem urbana e como a reprodução de imagens noturnas cativantes moldou a ideia de que “Buenos Aires nunca dorme”. Mas isso obscurecia aspectos indesejados da realidade e anulava questões sociais e políticas profundas. O que estava iluminado era prova de que, na noite metropolitana, existia apenas o que se preferia mostrar.

Palavras-chave: Buenos Aires - noite – paisagem urbana – fotografia – imprensa periódica

Resumen: *Las experiencias nocturnas originaron imaginarios caracterizados por lo temible y oculto, y por la liberación de las convenciones sociales y morales. Esta visión negativa comenzó a cambiar cuando la electricidad transformó la noche en día, y el alumbrado público implicó el triunfo de la sociedad sobre la oscuridad. Las calles metropolitanas se convertían en teatros y los transeúntes en espectadores de la escena nocturna. A principios del siglo XX, la iluminación en Buenos Aires era celebrada como garantía del progreso; con un cosmopolitismo que se medía por comparación, así las imágenes nocturnas de Nueva York y París se multiplicaron en la prensa local. Los carteles luminosos reconfiguraron el paisaje estableciendo nuevas formas de visualidad por su potencial expresivo. Las luces se relacionaron con el atractivo de nuevas formas de esparcimiento y placer contrapuestas al suburbio, donde las redes eléctricas no estaban distribuidas homogéneamente. La “domesticación” de la noche convirtió también a las luces en elementos decorativos regulados por el gobierno municipal, que estableció una “iluminación de adorno” para edificios públicos y calles principales. Su atractivo era evidente, ya que la prensa les dedicaba largas notas gráficas, y muchas de estas tomas se convirtieron luego en postales. El espectáculo nocturno conformó nuevos mapas del placer ubicados en las calles céntricas.*

Proponemos trabajar con fotografías publicadas en la prensa (revistas ilustradas y periódicos de amplia tirada) entre 1910 y 1940, para analizar cómo desde allí se consolidaba una lectura estética del paisaje urbano, y cómo la reproducción de imágenes nocturnas cautivantes conformó la idea de que “Buenos Aires nunca duerme”. Pero esto desdibujaba aspectos no deseados de la realidad, y anulaba cuestiones sociales y políticas profundas. Aquello que estaba iluminado era prueba de que en la noche metropolitana existía sólo aquello que se prefería mostrar.

Palabras-clave: Buenos Aires – noche – paisaje urbano – fotografía – prensa periódica

Descubrir la ciudad a través de sus imágenes implica enfrentarse a una multiplicidad de construcciones visuales y textuales diseminadas en diversos y abundantes soportes y objetos culturales. Uno de los caminos posibles es examinar las publicaciones periódicas, en el cruce entre intencionalidades y posibilidades técnicas. A partir de incitar a la curiosidad y al deseo de ver y poseer imágenes, estos dispositivos pusieron al alcance del gran público representaciones visuales que contribuyeron a la afirmación de la idea de pertenencia a una “comunidad imaginada” (Berman, 1995). Así fueron un factor clave de la modernidad urbana al diseminar ideas y relatos signados por los efectos de habitar un espacio en permanente transformación, que en el caso de Buenos Aires a principios del siglo XX advertía por ejemplo la revista *Caras y Caretas*:

La ciudad cambia con diferencia de horas. Descubrimos así sus varias fisonomías según descanse o trabaje y advertimos que, aún para los más viejos porteños tiene aspectos ignorados en los que se revela, sin embargo, tal como es: enorme y opulenta (*Caras y Caretas*, 1927).

Las dimensiones estéticas del ambiente determinan la identificación de los habitantes con su ciudad dentro de una escenografía que proporciona cierta orientación y diferenciación respecto a otros enclaves urbanos. Existe así una “gramática de la ciudad” consistente en elementos estandarizados como: estructuras de comunicación, energía y transporte, tipologías arquitectónicas, etc.; los cuales no son neutrales ya que documentan las esperanzas y las potencialidades de la modernización continua, conformando una base común en el conocimiento del espacio (Fara, 2020). Las imágenes de la ciudad publicadas en la prensa periódica junto con aquellas exhibidas en galerías de arte o reproducidas acompañando el relato literario, construyeron imaginarios de la modernidad porteña y pusieron de manifiesto las nuevas formas materiales y simbólicas del cambio. Las representaciones del paisaje que aparecían entre las páginas no sólo referían a la imagen contemporánea del espacio y de la vida social del momento, sino que al mismo tiempo participaban de su transformación material. Con frecuencia la retórica periodística se refería a la ciudad como espectáculo o como placer visual, consolidando una lectura estética de su paisaje. Se destacaban los contrastes pintorescos y las características diferenciales de los barrios en textos e imágenes que reiteraban códigos compositivos que construyeron poco a poco retratos tipificados y estereotípicos de ciertas zonas. Estos *lugares comunes visuales* se construyeron a partir de la masificación, densificación y diversificación editorial, que replicaba y alimentaba los imaginarios urbanos en la cultura visual (Fara, 2020). La temporalidad y materialidad real de la ciudad transcurrió a través de conglomerados de imágenes que incluyeron tanto la herencia del pasado como las proyecciones hacia el futuro.

En este contexto, la experiencia nocturna de la ciudad originó figuraciones caracterizadas por sus efectos sobre la percepción del espacio y el tiempo; la noche representó lo temible, lo desconocido, lo oculto y la liberación de las convenciones sociales y morales. Los claroscuros convertían a la metrópoli “en un paisaje de violentos contrastes donde el miedo ancestral de las tinieblas se combina con las consecuentes ansiedades típicamente modernas, como el anonimato del hombre-masa, la alienación y toda una nueva gama de peligros y amenazas sin precedentes” (Caralt, 2014, p.34). Esta visión negativa comenzó a cambiar cuando la electricidad trajo la posibilidad de transformar la noche en día y se convirtió en la metáfora perfecta de las ventajas de la vida moderna. El alumbrado público significaba el triunfo de la sociedad y la cultura sobre la oscuridad, con la ciudad como faro liderando el progreso con su luz.

A principios del siglo XX, la iluminación en Buenos Aires era celebrada como sinónimo de futuro y garantía del progreso. Las imágenes de otras ciudades iluminadas por la noche sobre todo Nueva

York y París, pero también otras como Río de Janeiro, se multiplicaron en la prensa local y su cosmopolitismo se medía según los adelantos tecnológicos en materia de electricidad. Con el correr de los años las luces del centro se relacionaron con el potencial de una ciudad que prometía nuevas y diversas formas de esparcimiento y placer, en contraposición al campo o el suburbio, donde las redes eléctricas todavía no estaban distribuidas homogéneamente. Los carteles luminosos, los anuncios de las tiendas, los bares y restaurantes eran un espectáculo en sí mismos: la electricidad reconfiguró el paisaje urbano estableciendo una nueva forma de visualidad en el descubrimiento de las posibilidades expresivas de los colores y las formas en la noche. Las luces transformaban a las vidrieras y a las calles en escenarios y a los transeúntes en espectadores del teatro de la vida nocturna (Nasaw, 1997). El ojo del consumidor era atraído por el brillo de las zonas comerciales, donde los letreros eran un atractivo en más de un sentido. Así lo era también para artistas como Walker Evans quien había fotografiado los neones de Nueva York, mientras Horacio Coppola hacía lo propio en Buenos Aires. Los anuncios luminosos proponían tanto nuevas maneras de habitar la noche como nuevas formas de lectura de la palabra escrita:

cada letra tiene su carácter, pero éstas de los anuncios luminosos, si se fija uno bien, tienen algo más que un carácter de imprenta. En la uniformidad de la página impresa, no se puede apreciar el perfil, la personalidad de cada letra. [...] La letra vive verdaderamente en el anuncio luminoso sin pretensiones literarias [...] En el letrero nocturno no hay para ellas otro deber que el tratar de ser más vistas que las demás. [...] En esos letreros iluminados se comprende toda la crueldad de la imprenta, de la inquisición del alfabeto (Ortiz Echagüe, 1931).

El encanto y la sensación festiva producida por este espectáculo conformó nuevos mapas del placer que se ubicaron en las calles céntricas, convertidas en epicentros del entretenimiento nocturno. Las tiendas de la elegante calle Florida primero y luego los cines y teatros de la avenida Corrientes y sus alrededores aprovecharon al máximo las posibilidades de la electricidad. Montaron potentes exhibiciones en las cuales, a mayor despliegue de iluminación en el exterior, iguales eran las expectativas que se generaban sobre lo que sucedía en el interior. La embriaguez de las luces, la música, los aromas y los personajes que circulaban fueron componentes frecuentes en las descripciones del centro por la noche desde mediados de la década del veinte, que cristalizaron definitivamente como motivos en la década del treinta. Estas características eran las más asociadas a la calle Corrientes, tal como relataba Roberto Arlt en una de sus “aguafuertes porteñas” publicada en el diario *El Mundo* en 1929:

Caída entre los grandes edificios cúbicos, con panoramas de pollo a “lo spiedo” y salas doradas, y puestos de cocaína y vestíbulos de teatros, ¡qué maravillosamente atorranta es por la noche la calle Corrientes! [...] la calle vagabunda enciende a las siete de la tarde todos sus letreros luminosos, y enguinaldada de rectángulos verdes, rojos y azules, lanza a las murallas blancas sus reflejos de azul de metileno, sus amarillos de ácido pícrico [...] basta entrar a esa calle para sentir que la vida es otra y más fuerte y más animada. Todo ofrece placer (Arlt, 1929).

De esta manera, la noche metropolitana fue definiendo nuevas geografías de la sociabilidad, mientras los lugares adquirían jerarquías que cancelaban con la iluminación eléctrica “la igualación del día; la pobreza, la fealdad, el defecto, la irregularidad desaparecen, y triunfa la

ilusión en la atmósfera fantástica de la luz” (Liernur y Silvestri, 1993, p.33).¹ La intensa luminosidad cromática de una calle como Corrientes construyó por entonces un escenario espectacular, donde se puso en juego la “excepcionalidad” del entrecruzamiento social. Allí se materializaba la idea de que la iluminación aceleraba y transformaba el ritmo natural de la urbe antigua. Las luces multicolores que exaltaba Arlt en su relato se convirtieron en una marca ineludible de su identidad, para ser identificada como “la calle que nunca duerme”, inmortalizada por Horacio Coppola con una panorámica titulada *Corrientes de noche* en 1936. El fotógrafo ponía el acento en el carácter moderno de la arteria a través de la luz, que al expandirse le daba “vida” a todo Buenos Aires. Unos años antes, en 1934, se publicaba en *Caras y Caretas* un conjunto de fotografías de Corrientes como parte de una serie de notas aparecidas bajo el título “Visiones nocturnas de los barrios porteños” (Figura 1). El copete resumía las características que se entendían como el común denominador de esa zona:

La calle Corrientes es el espinazo de la ciudad, [...] que centraliza toda la vida de esta gran colmena humana, laboriosa e infatigable que es Buenos Aires. Es pues, una calle donde sólo corre la alegría porteña, la alegría de olvidar la crisis y todos sus ceñudos derivados (*Caras y Caretas*, 1934).

Las fotografías que daban cuenta de la “alegría” de la avenida mostraban la salida de los teatros, la gente reunida en los cafés o paseando bajo las luces de neón de las marquesinas. Los epígrafes comentaban el poder de atracción de las vidrieras y resaltaban el estímulo para todos los sentidos: “campanas, bocinas, voces de canillitas, silbatos policíacos: he aquí el telón de fondo sonoro de la calle Corrientes” (*Caras y Caretas*, 1934). Con un discurso similar, el 7 de enero del mismo año, el diario *La Prensa* había publicado una nota titulada “En la calle Corrientes. Escenas nocturnas” (*La Prensa*, 1934) (Figura 2). La página completa incluía una serie de fotografías agrupadas en mosaico donde se destacaban, en el mismo tono que la nota de *Caras y Caretas*, el movimiento incesante de las actividades nocturnas de la calle céntrica. Se ponía de manifiesto que la noche era, tal como señalaba Ezequiel Martínez Estrada, “inmensamente más expresiva y profunda (...) la luz estimula un tropismo de insecto fosforescente en el habitante. La población entera es atraída por las iluminaciones públicas a las avenidas insomnes” (Martínez Estrada, 2009, p.103).

¹ Los primeros ensayos de uso de la electricidad para iluminación del espacio público en Buenos Aires datan de 1882, para reemplazar al gas y a los faroles con velas de sebo.



Figura 1. “La calle Corrientes. Escenas nocturnas”, *Caras y Caretas*, nº1869, 1934



Figura 2. “En la calle Corrientes. Escenas nocturnas”, *La Prensa*, enero 1934

A medida que se sofisticaron las técnicas, las luces se convirtieron en un elemento decorativo tanto para conmemoraciones oficiales como para fiestas populares. Las memorias de la Municipalidad de Buenos Aires establecían la existencia de una dependencia que se ocupaba de la “iluminación de adorno”, para embellecer los edificios públicos y las calles céntricas en

ocasiones especiales tales como fiestas patrias, carnavales o la llegada de algún visitante ilustre. El atractivo que las decoraciones tenían para el público se vuelve más evidente cuando en la prensa periódica se encuentran largas notas gráficas dedicadas a estos adornos nocturnos de los edificios y calles (Figura 3). Muchas de estas fotografías nocturnas publicadas se convirtieron incluso en tarjetas postales.



Figura 3. “La Avenida de Mayo bajo la hermosa iluminación...”, *Caras y Caretas*, a. XXI, n°1545, 2 de junio 1928

Entre 1907 y 1912, se instalaron las primeras grandes usinas eléctricas, si bien hasta su definitiva implantación convivieron varias formas de iluminación como el gas o las lámparas de arco, que generaban diversas tonalidades y efectos cromáticos. El contraste entre la electricidad y las calles todavía iluminadas a gas significaba un impacto visual notable, en tanto se pasaba de la luz tenue y cálida de los faroles suburbanos a las luces más intensas y frías de los neones del centro. Más evidente todavía porque en los hogares el cambio a la luz eléctrica fue muy gradual y fue un medio de distinción social por lo menos hasta entrada la década del veinte, cuando la extensión de la red penetró más ampliamente en los barrios (Liernur y Silvestri, 1993). Así lo demuestra un mapa publicado en la Memoria Municipal que grafica las diversas intensidades de la iluminación en cada zona de la ciudad (Municipalidad de la Ciudad, 1937) (Figura 4). De esta manera los faroles a gas y la luna se convirtieron en los elementos estereotípicos que caracterizaron la noche nostálgica del suburbio, presentes tanto en la literatura, como en las pinturas de artistas como Benito Quinquela Martín y Pío Collivadino entre otros.

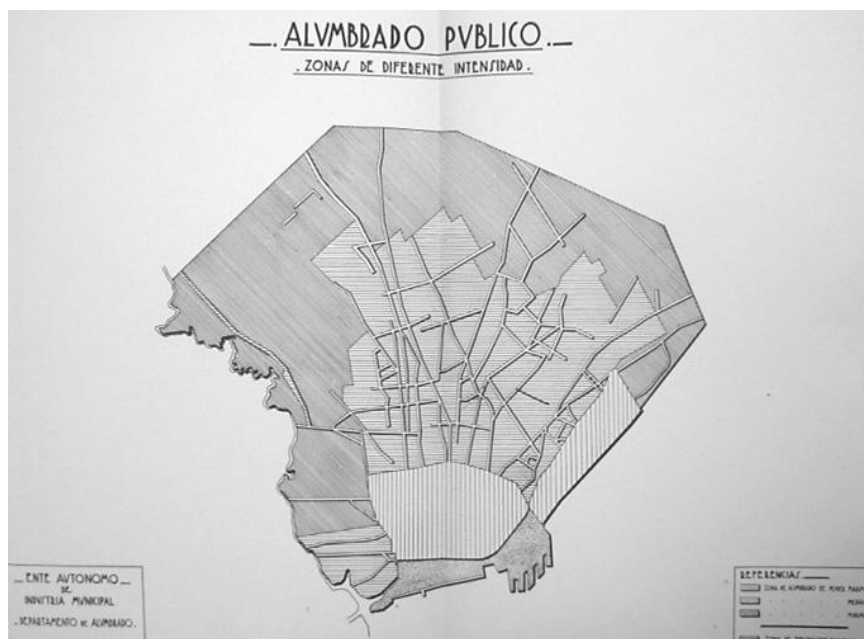


Figura 4. Mapa del alumbrado público. Zonas de intensidad de la luz.
Memoria del Departamento Ejecutivo. 1936. Buenos Aires, Municipalidad de la Ciudad, 1937

En 1920 comenzó a sustituirse definitivamente el gas por la electricidad que se publicitaba como garantía de seguridad y decencia. Las malas costumbres y los vicios que prosperaban en la oscuridad desaparecerían con el brillo del alumbrado público. Las calles dejarían de ser escenarios del delito para dar lugar al ocio y al disfrute del esparcimiento “sano”. Como se mencionó anteriormente, la vida nocturna urbana definió nuevos espacios por fuera de las esferas del hogar, la familia y el trabajo, y proporcionó una experiencia momentánea de pertenencia a una sociedad inclusiva. Significó salir de la cotidianeidad signada por la clase, la etnicidad, la ocupación y el género para sumergirse en el mundo del entretenimiento indiferenciado.² Sin embargo, cabía una doble lectura. Por un lado, los protagonistas de la noche podían ser vistos como modelo de sujetos modernos exitosos, y por otro, adquirirían una connotación negativa desde el punto de vista moral. La vida nocturna y sus luces podían torcer de la voluntad:

En cuanto oscurece, pierde su dignidad diurna y se le encienden todos los deseos. En ciertos barrios, por la noche, la capital se transfigura. Tal calle trabajadora y seria durante el día, se pone colorada con el crepúsculo pensando en lo que va a pasar. [...] ¡Luz eléctrica! Diosa de la noche moderna... caprichosa, coqueta y algo loca. [...] Todo se transfigura y se embellece a su contacto. [...] Y el burgués humilde que se alumbra mal en su casa, deambulando por las avenidas candentes con el fuego de la electricidad, siente el orgullo pueril del derroche en medio de la resplandeciente vibración de su ciudad (Ortiz Echagüe, 1931).

Estos efectos se manifiestan en numerosas letras de tango en las que las buenas costumbres del suburbio se contraponían a la seducción de las luces del centro. La noche y sus encantos eran culpados por la pérdida del amor y por el éxito esquivo. La iluminación céntrica era testigo y

² Similares circunstancias se vivían en otras ciudades respecto a la experiencia de la noche y la iluminación en el cambio de siglo y las primeras décadas del siglo XX, para el caso de Nueva York ver entre otros autores: David Nasaw. *op. cit.*

ambiente de la nostalgia por un pasado mejor que se desvanecía. Así cobraba relevancia un discurso en que la noche representaba lo prohibido y lo pecaminoso, un lugar propicio para que sobreviviera todo lo negativo que necesitaba ocultarse en las sombras para poder sobrevivir. La literatura y la pintura pusieron de manifiesto la realidad de aquellos personajes excluidos de la sociedad, habitantes del “bajo fondo” y “marginales” (Figura 5). Artistas y poetas relataron y denunciaron las precarias condiciones de vida de quienes protagonizaron la contracara de la modernización, mientras aparecían velados en las imágenes de la prensa periódica. Las crónicas policiales hacían hincapié en las calles oscuras como epicentro del delito y reclamaban alumbrado público que permitiría mejorar la seguridad de los ciudadanos. Estas notas se complementaban con aquellas que mostraban la grandiosidad de la ciudad iluminada como una promesa de prosperidad y una prueba de modernidad y cosmopolitismo.

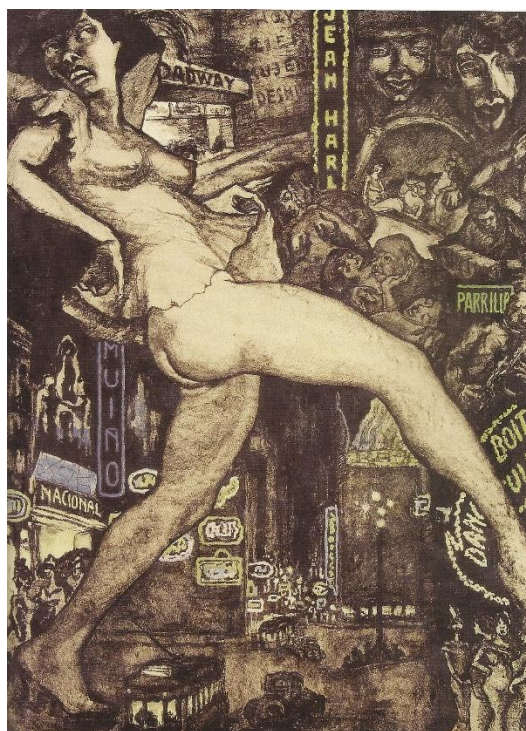


Figura 5. Guillermo Facio Hebequer, *Calle Corrientes*, litografía, 64 x 47 cm, 1935

Desde fines del siglo XIX en Buenos Aires, la iluminación estuvo relacionada con lo novedoso y con el crecimiento de la cultura del esparcimiento, en una nueva relación entre la mirada y la comodificación del espacio público. La prensa periódica ilustrada reprodujo y multiplicó cautivantes visiones nocturnas a partir de una lectura estética del paisaje urbano que desdibujaba aspectos no deseados de la realidad, y anulaba cuestiones sociales y políticas profundas. Aquello que estaba iluminado era prueba de que en la noche metropolitana existía sólo aquello que se prefería mostrar.

Bibliografía | Referências

ARLT, Roberto. Corrientes por la noche. **El Mundo**, Buenos Aires, 26 de marzo, 1929.

Buenos Aires trabaja / Buenos Aires descansa. **Caras y Caretas**. Buenos Aires, n°1513, año XXX, 1 de octubre 1927.

BERMAN, Marshall. **Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad**. México: Siglo XXI, 1995 [1982].

CARALT, David. Caracterización de la noche metropolitana. El espectáculo de la luz eléctrica a finales del siglo XIX. **Bitácora arquitectura**, n°28, julio-noviembre 2014.

En la calle Corrientes. Escenas nocturnas. **La Prensa**, Buenos Aires, 7 de enero 1934.

FARA, Catalina. **Un horizonte vertical. Paisaje urbano de Buenos Aires 1910-1936**. Buenos Aires: Ampersand, 2020.

LIERNUR, Jorge F.; SILVESTRI, Graciela. El torbellino de la electrificación. En: **El umbral de la metrópolis. Transformaciones técnicas y cultura en la modernización de Buenos Aires**. Buenos Aires: Sudamericana, 1993.

MARTÍNEZ ESTRADA, Ezequiel. **La cabeza de Goliath. Microscopia de Buenos Aires**. Buenos Aires: Capital Intelectual, 2009 [1940].

MUNICIPALIDAD DE LA CIUDAD. **Memoria del Departamento Ejecutivo. 1936**. Buenos Aires, 1937.

NASAW, David. Cities of light, landscapes of pleasure. En: WARD, David; ZUNZ, Olivier. **The landscape of Modernity. New York City 1900-1940**. Baltimore-London: The John Hopkins University Press, 1997.

ORTIZ ECHAGÜE, Fernando. La ciudad fosforescente. **La Nación**, Buenos Aires, 10 de mayo 1931.

Visiones nocturnas de los barrios porteños: la calle Corrientes. **Caras y Caretas**, Buenos Aires, año XXXVII, n°1869, 28 de julio 1934.